

# CONSPIRACIÓN

BOSCO CORTÉS

# CONSPIRACIÓN

¡Matad al presidente!



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Traducción de Elena Rius

Primera edición: marzo de 2024

© Bosco Cortés, 2024  
© de la presente edición: Edhasa, 2024  
Diputación, 262, 2.º 1.ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6417-0

Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S.A.

Depósito legal: B 3759-2024

Impreso en España

*A ti, por entrar en mi vida y voltearla por completo.*

«En igualdad de condiciones, la explicación más sencilla suele ser la más probable».

Guillermo de Ockham (1280-1349)

## *Dramatis personae*

ABRAHAM, tío: segundo hombre más anciano del clan de los Cuervo.

RAMÓN ARMELLA: asesino a sueldo reclutado por don José.

PEDRO BURUNDARRI: mercenario.

SALVADOR CAMPS: empresario catalán enriquecido con el tráfico de esclavos en Cuba.

FRANCISCO CIPRÉS: miembro de La Internacional que abandonó el grupo al saber que pretendían atacar contra el presidente.

MARÍA JOSEFA DELGADO: criada que pasaba por la calle del Turco durante el atentado.

FELIPE DUCAZCAL: jefe de la Partida de la Porra y enemigo acérrimo de José Paúl y Angulo.

ELÍAS: abuelo de José Ángel Montoya y patriarca del clan de los Cuervo.

ESTEBAN: marido de Francisca, prima de María Josefa Delgado.

EVA: esposa de Javier Ledesma.

CLEMENTE FARIÑAS: mercenario de los implicados en el atentado.

CESÁREO FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ-LOSADA: médico personal de Prim.

BERNARDO GARCÍA: periodista al que enviaron la lista de los supuestos implicados en el fallido primer intento de matar a Prim.

JULIÁN GARCÍA: fiscal jefe de la Audiencia Territorial de Madrid.

PASCUAL GARCÍA MILLE: reo condenado a cadena perpetua en Ceuta y excarcelado por don José.

GONZÁLEZ NANDÍN, coronel: secretario personal del presidente Prim y valedor de José Ángel Montoya.

JOSÉ VICENTE HEDÓ: uno de los médicos de la casa de socorro de la calle Alcalá. Atendió al presidente tras el atentado.

LUIS HERNÁNDEZ: secretario del ministro de Fomento.

FRANCISCO HUERTAS: republicano radical, amigo de José Paúl y Angulo, sospechoso de haber participado en el atentado contra Prim.

MANUEL ITURRALDE: mercenario.

JAVIER LEDESMA: antiguo miembro de la Partida de la Porra reconvertido en ayudante del abogado gitano.

MANUEL: padre de José Ángel Montoya.

MIRIAM: madre de José Ángel Montoya.

PEDRO MONIPODIO: miembro de la mafia Garduña.

JOSÉ ÁNGEL MONTOYA: abogado gitano al que el coronel González Nandín encarga la investigación extraoficial del atentado.

MONTPENSIER, duque de: cuñado de la destronada Isabel II. Financió la revolución contra la reina. Eterno aspirante al trono español.

MOYA, coronel: ayudante de Prim. Iba en la berlina cuando se cometió el atentado, pero resultó ileso.

RICARDO MUÑIZ: amigo íntimo del presidente Prim.

JOSÉ PAÚL Y ANGULO: diputado republicano de ideas radicales. Dirigió el periódico republicano *El Combate*, donde en repetidas ocasiones publicó proclamas en favor del alzamiento armado contra el Gobierno.

GALO ORTEGA: inspector de policía, amigo de la infancia de José Ángel Montoya.

MARCELINO ORTEGA: abogado retirado, padre de Galo Ortega.

JOSÉ MARÍA PASTOR: jefe de seguridad y de los escoltas del general Serrano.

RUIZ DE LÓPEZ, juez: primer juez instructor al que se encomendó la investigación del crimen.

MANUEL RUIZ ZORRILLA: ministro de Fomento.

IGNACIO SASTRE: administrador de *El Combate*, periódico republicano fundado por José Paúl y Angulo.

SERRANO, general: regente durante el periodo de búsqueda de un rey para el trono español. Tras el atentado, se convirtió en el nuevo presidente del Consejo de Ministros.

FELIPE SOLÍS Y CAMPUZANO, coronel: secretario y ayudante personal del duque de Montpensier.

ROJO ARIAS: gobernador civil de Madrid.

JOAQUÍN VELLANDO: fiscal asignado a la investigación del caso.

## Prólogo

*Campamento gitano en las afueras de Madrid,  
9 de febrero de 1854*

Los diez carromatos, adornados con pintorescos colores, formaban un gran círculo. En el centro, sus habitantes se ocupaban de las tareas cotidianas: algunos cantaban y ensayaban números acrobáticos que repetirían en las calles de la periferia, y otros reparaban sus carricoches. Escondido tras la rueda del carro de sus padres, un chiquillo observaba el ajetreo de los miembros del clan; se fijaba sobre todo en su abuelo, un hombretón ataviado del riguroso negro que su posición requería y que saludaba a cuantos se cruzaban con él. No había nadie en el campamento que no lo respetase, por ser el patriarca y por la fama que se había ganado: era Elías Montoya, el bandolero más temido por los payos. Y en los ojos color oliva del chico había una mezcla de ambas cosas: temor y respeto. Inconscientemente, bajó la vista hasta la nudosa vara de mando que la mano del patriarca aferraba con fuerza, y sus nalgas se estremecieron: recordaba las dos ocasiones en que su abuelo la había usado para castigarlo. Que, si lo pensaba bien, quizá se lo merecía, pero su madre no opinaba igual y así se lo había hecho saber a Elías.

El primer castigo había sido por su torpeza cuando el abuelo le enseñaba cómo debía robar la cartera a los payos.

–Tienes que aprovechar que ahora tu mano es pequeña y puede deslizarse en el bolsillo del chaleco con rapidez –explicó el patriarca.

Pero él apenas oyó una palabra porque su cabeza revoloteaba imaginando cómo sería la ciudad. La idea de pisar sus calles por primera vez le producía un intenso cosquilleo por todo el cuerpo.

–¡Despierta! –Con el grito llegó el golpe de la vara en la espalda–. ¿Cómo te atreves a faltarme al respeto así?

Un golpe le resultó más que suficiente para aprender a no despistarse más y a estar pendiente de cada palabra y cada gesto del abuelo. La espalda le ardía, pero aquel dolor no era bastante para hacerlo llorar. Por otra parte, aunque Elías Montoya era el patriarca del clan de los Cuervo, sabía que no le convenía provocar a su nuera. Miriam no era como las demás mujeres y no tenía problema en llevarle la contraria delante de todos.

Allí, agazapado tras la rueda del carromato, veía a su abuelo pasearse como si fuera un rey de aquellos que aparecían en las historias que sus padres le contaban por la noche, frente a la hoguera. Dos hombres se presentaron entonces ante el patriarca, pero él no pudo oír nada de lo que decían. Los recién llegados parecían disputar entre ellos y, tras unos momentos de tensión, Elías les ordenó separarse. Luego dio la impresión de que escuchaba lo que ambos decían, los miró a los dos y finalmente señaló al que estaba a su izquierda. Al momento, los dos hombres que lo acompañaban a todas partes cogieron al señalado y lo inmovilizaron. El patriarca le arremangó el brazo izquierdo descubriendo el tatuaje con forma de ave negra, sacó una navaja y trazó dos profundos cortes que cruzaban el dibujo. El chiquillo torció el gesto y sintió tristeza por el hombre, pues sabía bien que aquello significaba la expulsión del clan y que la marca impediría que lo aceptaran en otro. El conde-

nado, con el brazo ensangrentado, los miró con desprecio y escupió a los pies del viejo, quien levantó el bastón iracundo y con aquella expresión feroz que tanto miedo daba. No era la primera vez que lo veía tan alterado, y por eso creyó que lo mejor era seguir escondido.

–¿Por qué insistes en llevarlo allí? –dijo Miriam.

–Porque es nuestra tradición.

–Manuel, sabes bien lo que pienso de las viejas costumbres.

Las voces de sus padres le llegaron con claridad desde el interior del carronato. Por alguna razón tuvo la certeza de que hablaban de él. Sabía reconocer en el tono de su madre cuándo discutían sobre algo que le concernía de algún modo. Movidó por la curiosidad, salió de su escondite y subió la escalerilla entrando como un torbellino en la estancia.

–¿Ir adónde?

–¡A ningún sitio! –replicó su madre–. Lo que tienes que hacer es ayudarme con el agua. Vamos a la fuente...

Su padre la miró con una leve sonrisa.

–Mujer, sabes que algún día este churumbel va a ser el patriarca, y para ello debe cumplir antes con las tradiciones del clan –insistió, cogiéndola de la mano–. Míralo, es un chiquillo valiente. Acaba de cumplir once años y ya es un hombrecito.

–¿Ir adónde, papá? –insistió el chico.

Su madre se apartó y les dio la espalda. Así solía mostrar su desacuerdo.

–Ven, hijo. Ya es hora de que conozcas a la vieja Tata –anunció su padre, que antes de salir del carronato dedicó un guiño de despedida a su madre.

–¿Quién es la vieja Tata?

Cruzaron el campamento y se adentraron en el bosque. Pasó un rato antes de que su padre se decidiera a responder.

–Como ya sabes, nuestro clan es gobernado por un patriarca...

–Sí. El patriarca es el abuelo.

El niño observó el claro que se abría frente a ellos. En el centro había un carromato desvencijado que daba la impresión de formar parte de un grueso árbol cuyas ramas parecían rodearlo en una especie de funesto abrazo. Las telarañas colgaban de él como cuelgan los hilos de una prenda vieja.

–Así es. Y, cuando el abuelo no esté, yo tomaré su lugar; y luego tú ocuparás el mío –dijo Manuel señalando el carruaje–. Pero el patriarca no gobierna solo. Una vez a la semana debe acudir aquí. La vieja Tata lo aconseja y lo ayuda a tomar las decisiones correctas.

–¿Es una bruja? –El niño tragó saliva–. ¿Es como la Baba Yaga de los cuentos?

–No, hijo. La vieja Tata nunca haría daño a nadie. Ella es una mujer sabia y buena. –Se acuclilló para ponerse a la altura del chico–. Ahora ve, sé valiente y entra en el carromato. Haz todo lo que ella te diga y presta atención a sus palabras.

Asintió, tragó saliva y avanzó por el claro. Era una zona ovalada en la que no crecía ni una brizna de hierba y una tierra ennegrecida quedaba al descubierto. El viejo carro de madera semejaba un castillo de naipes a punto de desplomarse. Los tres escalones chirriaron con el peso del niño, que miró hacia atrás en busca de su padre. Pero Manuel ya se había marchado. Apoyó la mano en el pomo y se esforzó en disimular el tembleque de las piernas.

–Pasa, muchachito. No tengas miedo –lo animó una trémula voz desde el otro lado.

Empujó la puerta y entró en el mohoso habitáculo. La luz apenas podía penetrar en aquella penumbra. En cuanto los ojos se le acostumbraron, distinguió una figura

tendida en un camastro cuyas sábanas parecían raídas. No había más muebles.

–Ven, acércate. Deja que vea la palma de tu mano.

–Un brazo huesudo se agitó por encima de las sábanas.

Dio unos pasos. Quería mostrarse valiente, pero se detuvo al ver dos puntos luminosos moverse sobre el lecho.

Aunque le temblaban las rodillas se obligó a acercarse a la vieja Tata. Una mano demacrada agarró la suya con fuerza y lo obligó a extender la palma.

–Veamos, niño... ¿Quién vas a ser? –farfulló la anciana–. ¿Salomón o Goliat?

Notó como un escalofrío le recorría el cuerpo y tuvo ganas de salir corriendo, pero se mantuvo firme.

–Oh, vaya... Parece que nunca serás patriarca. Mmm..., te espera una ardua tarea. Veo a la muerte tras tus pasos. Tu padre morirá sin dirigir el clan. Y un hombre poderoso caerá... Y quien la vida te salve, también morirá –auguró en un monótono murmullo–. Ya no podrás ocultarte... Ahora mismo ya sabes que no eres como los demás. Y eso no es malo, sólo que aquí no lo podrás demostrar.

El tono relajado de la vieja Tata lo tranquilizó. Se esforzó por ver más entre las sombras y descubrió el cuerpo esquelético de una anciana que con cada movimiento parecía ir a deshacerse en una nube de polvo.

–Ten cuidado: el hombre elegante causará la muerte de tu padre. Y veo seis manos contra el poderoso, pero el más despiadado es el guardián de la dama blanca..., y él será quien cause la tercera muerte –vaticinó, esta vez con una voz más lúgubre.

Él miró sus cuencas hundidas, casi sin vida.

–Sé que intentarás repetirle a tu padre mis palabras, pero será inútil; y así es como debe ser. Tu camino ya está trazado y conduce muy lejos de este campamento –continuó la anciana–. Te espera un largo recorrido y, aunque

la primera prueba será la más dura, vas a seguir tu senda como decidor de la verdad... Ahora márchate. Necesito descansar.

La fría garra liberó su mano. Retrocedió sin dejar de mirar aquella delgada figura que se revolvió bajo sábanas deshilachadas. Por un segundo, tuvo la impresión de ver un enorme insecto tratando de liberarse de los hilos de una telaraña.

Asustado, salió de allí y corrió de regreso al campamento. No paró hasta llegar frente al carromato de su familia. A través de los cristales vio el sonriente rostro de su padre hablando animadamente con su madre, y lo ocurrido en el claro del bosque se difuminó rápidamente, como un mal sueño. Subió los escalones y entró al galope. Abrazó a sus padres con fuerza, como si aquel instante fuese el último en que los fuera a ver felices.

## Capítulo uno

*Madrid, 27 de diciembre de 1870*

–¡Maldito sea! –exclamó entre dientes mientras se subía la bufanda.

La nieve seguía cayendo y acumulándose en el adoquinado de la calle del Turco. María Josefa Delgado, una mujer robusta de mediana edad, caminaba con la cesta golpeándole la cadera. Resopló con resignación; pero trabajar para el padre Martínez era mejor que pedir limosna en la calle, sobre todo en invierno. Al menos, con el viejo capellán tenía una cama y una estufa con que calentarse. Además, tampoco era que el cura fuese un tirano como el marido de su prima, aunque sí podía resultar bastante gruñón; y, en ocasiones, sus recados la obligaban a ir de un extremo a otro de la ciudad, como cuando se le antojaba un poco de queso francés.

Se ajustó el chal sobre los hombros y apretó el paso, alargando las zancadas a pesar del estorbo del zagalejo y las enaguas. La casa del capellán ya no quedaba lejos. En nada estaría frente a la estufa, o en la cocina haciendo una sopa de cebolla con la que entrar en calor.

Un silbido se oyó como un eco lejano; María Josefa no se detuvo. Las farolas de gas de la calle del Turco no eran como las luces de la fuente de la calle San Bernardo, que a diferencia de las demás funcionaban con corriente

eléctrica. Para ella, aquello de la electricidad andaba entre el milagro y el invento del diablo. Cuando el chiflido se repitió, siguió su camino: no creía que se dirigieran a ella, pero tampoco deseaba averiguarlo.

A mitad de la calle vio una calesa parada, bloqueando el paso. El pulso se le aceleró y tuvo un mal presentimiento: casi a diario oía historias sobre mujeres que eran metidas a la fuerza en un coche y luego aparecían muertas. Apenas dos días antes, la pescadera de la calle Libertad le había contado un suceso parecido. Asustada, se apartó del centro de la calle y miró el carruaje con cierta aprensión. Por un momento pensó que quizá sólo estaba dando la vuelta, pero que el vehículo siguiera inmóvil acentuó su mal palpito. Otra vez sonó un silbido, y el miedo la hizo apresurarse a pesar de la nieve acumulada: si tenía suerte podría pasar por detrás del coche. Entonces, el ruido de los cascos de dos caballos acercándose por detrás la petrificó: una negra berlina acababa de entrar por el otro lado de la calle. Avanzó todo lo deprisa que pudo, temerosa de encontrarse en medio de una emboscada. Se giró justo a tiempo para ver que el conductor tiraba bruscamente de las riendas y detenía el carruaje antes de chocar con la calesa. Por detrás apareció otro coche, que impedía retroceder al primero.

De las dos calesas que quedaron bloqueando la berlina, descendieron rápidamente seis hombres. Llevaban el rostro tapado hasta la nariz con un pañuelo negro. Se situaron a ambos lados del vehículo atrapado y, sacando pistolas y trabucos de debajo de los abrigos, dispararon a bocajarro a su interior. Con el corazón desbocado, María Josefa trató de escapar del lugar del tiroteo y miró frenéticamente en todas direcciones buscando un sitio en que resguardarse. Notó una punzada en el tobillo derecho y un dolor que le subía hasta la rodilla; al bajar la mirada vio un pequeño orificio que empezaba a sangrar. Pudo,

por fin, localizar la espaciosa entrada de la escuela de ingenieros, y allí fue a refugiarse. La recibieron las manos firmes de Luis Gómez, el conserje, que acudía en su ayuda al ver que la sangre le resbalaba por la pierna.

—Doña Josefa, ¿qué demonios está pasando? —dijo el anciano sin apartar la vista de la sangre.

La rechoncha criada tardó en responder. No quería detenerse hasta que estuvieran a salvo en la penumbra, tras la entrada de la escuela. Soltó la cesta de mimbre y, tras comprobar que ninguno de los asaltantes parecía haber notado su presencia, suspiró y se dejó caer en el suelo, todavía temblando.

—No lo sé, don Luis... Éstos no son simples bandoleiros... —dijo finalmente.

Desde la relativa seguridad de la oscuridad pudieron ver como los asaltantes apartaban el primer carro y dejaban pasar la berlina, de cuyo interior salían gemidos y gritos. El conductor azuzó a los caballos y al pasar golpeó la caja del vehículo de los agresores, que volcó. Los bandidos silbaron varias veces a modo de señal y alguien respondió en la lejanía. Luego, entre gritos de triunfo, empujaron la calesa para colocarla de pie y se dividieron en dos grupos que, sin demasiada prisa, subieron a los carromatos. Uno de los últimos miró a su alrededor mientras algunos de sus compañeros se desprendían ya de los pañuelos negros. María Josefa y Luis Gómez retrocedieron y contuvieron el aliento. El tiempo pareció detenerse para ellos; se cogieron de la mano intentando darse fuerza.

El maleante avanzó unos pasos en su dirección. María Josefa y el conserje se acurrucaron en el hueco de la escalera que subía a la planta superior. El mercenario se paró a mirar la nieve frente a la entrada de la escuela de ingenieros: no parecía totalmente lisa; daba la impresión de que alguien la había pisado hacía poco.

–¡Maldita sea, Jáuregui! ¡La policía acabará por aparecer! –ladró uno desde el carruaje.

El aludido permaneció donde estaba. Inquieto, escurtó las sombras de la entrada del edificio buscando señales que delatasen a algún testigo inesperado. Creyó ver algo en el suelo; una cesta o algo parecido.

–¡Maldito idiota, ven de una vez! –gritó de nuevo el que parecía ser jefe del grupo.

Finalmente, el delincuente dio la vuelta y se reunió con sus compinches. Josefa dejó escapar un gemido de alivio al ver marchar el carro.

Su herida seguía sangrando; las palpitaciones de dolor martilleaban con menor intensidad, pero no habían desaparecido. Apartándose los faldones, palpó los bordes del agujero de su pierna: aquello tenía el tamaño de un hueso de aceituna. Se quitó la bufanda y con ella envolvió el tobillo. Aturdido, Luis Gómez no apartaba la vista del improvisado vendaje y de la mancha rojiza que iba creciendo. Ayudó a la mujer a incorporarse, y ella, con manos temblorosas, tomó la cesta y se asomó a la calle con cautela antes de salir. Se dio la vuelta y en el rostro del anciano leyó lo que ella misma estaba pensando: lo mejor que podían hacer era guardar silencio. Echó a andar con dificultad. La casa de socorro de la calle Alcalá no estaba lejos y allí le podrían curar la herida.

Sentía varias cosas a un tiempo: nerviosismo, alivio por no haber sido ella la víctima de la emboscada y pena por los que iban dentro de aquella berlina. Tampoco se le escapaba que sólo alguien con poder y mucho dinero habría podido organizar un asalto semejante y pagar a seis sicarios para llevarlo a cabo.

\* \* \*

La puerta del despacho se abrió bruscamente y José Ángel Montoya supo que algo andaba mal. Pero no se hizo una idea de la gravedad de lo sucedido hasta ver la expresión desencajada del coronel González Nandín y su mano ensangrentada.

–¡Dios mío! –exclamó saltando de su silla–. ¿Qué le ha ocurrido?

Nunca habría imaginado ver a su benefactor con tal aspecto, y dejó escapar una maldición al ver que le faltaba el dedo anular. El coronel llevaba la mano herida envuelta en un precario vendaje que a duras penas contenía la hemorragia.

–Nos han tendido una emboscada. El presidente está muy grave... –masculló el coronel, alterado y con el rostro ceniciento–. Nos bloquearon el paso en la calle del Turco... No creo que el general pase de esta noche.

–Esto es muy serio... ¿Qué va a pasar ahora? –Tomó el brazo del coronel y lo pasó por encima de sus hombros, ayudando al herido a entrar en la estancia.

Lo miró de reojo. El país estaba atravesando una situación terriblemente tensa y aquélla no era la primera vez que atentaban contra el presidente del Gobierno.

–El futuro rey está de camino... Sin el presidente para respaldarlo, temo que la presencia del duque de Aosta sólo sirva para avivar los enfrentamientos –especuló el coronel.

José Ángel lo ayudó a sentarse en la butaca, junto al escritorio. El abogado trataba de mantener la calma, pero no podía apartar los ojos de la bufanda ensangrentada. Ver a aquel hombre en semejante estado le resultaba duro: el secretario del presidente había sido una de las pocas personas que lo habían apoyado en su empeño de estudiar abogacía, e incluso lo había demostrado públicamente. Si él no lo hubiese apadrinado, la universidad nunca habría admitido a un gitano; y mucho menos al nieto del famoso

bandolero el Cuervo, que durante años había desvalijado berlinas a punta de trabuco en las afueras de Madrid.

–El general Serrano se ha hecho con el control. Nos ha echado a todos del dormitorio y sólo ha permitido que entraran los médicos. –González curvó las pobladas cejas en una mueca de dolor.

–Debería ir a que alguien le viese esa mano –dijo José Ángel–. Ahora mismo no es mucho lo que podemos hacer... Me temo que sólo nos queda esperar y desear que el presidente se recupere.

Fueron palabras pronunciadas con escasa convicción. Sabía que la última sesión en el parlamento había sido agitada, y que el presidente del Gobierno había logrado un consenso que obligaba a los partidos a pensar en el bien del país antes que en sus propios intereses. Pero, si el general moría, se desvanecería el consenso y el futuro de España no se presentaría muy halagüeño. Por no hablar del recibimiento que podría encontrarse el futuro rey, al que algunos ya apodaban el Macarroni.

–Lo que voy a pedirte debes considerarlo un requerimiento directo del presidente. –El rostro de González Nandín adoptó una expresión solemne–. Por la amistad que nos une, y por la confianza que el general Prim depositó en mí, te encomiendo la misión de desenmascarar a los criminales responsables de esta conjura. Deben ser descubiertos y llevados ante la justicia; no podemos permitir que escapen.

A José Ángel Montoya se le hizo un nudo en la garganta. Lo que su padrino le pedía quedaba fuera de sus posibilidades. Desde su licenciatura no había tenido más que unos pocos casos, pues nadie confiaba en un abogado gitano que además era nieto de un criminal. En tales condiciones, llevar una investigación como aquella parecía tarea imposible.

–No creo que sea momento para bromas... –dijo nervioso.

–Hablo en serio.

–¿Yo? –Dio un par de zancadas, cabizbajo y alterado–. Yo no soy más que un pobre abogado gitano al que nadie toma en serio... ¡Ni siquiera los jueces! –Levantó la mirada–. Con todo el respeto: no creo que sea la persona adecuada para esa labor.

Se sentó en el borde del escritorio y volvió a bajar la vista.

El coronel negó con la cabeza alzando la mano mutilada.

–En cuanto supe que deseabas ser abogado, percibí tu capacidad y la fuerza de tu corazón. Por eso hice cuanto estuvo en mi mano para ayudarte. –La mancha roja del vendaje se había hecho más grande–. Sólo alguien cuya persistencia por alcanzar un objetivo sea como la que demostraste en los estudios puede tener éxito en esta misión... Sí, eres la persona idónea para descubrir a los responsables y hacer justicia.

Del bolsillo del chaleco sacó una tarjeta de presentación y se la entregó. En los ojos de José Ángel asomaba ahora un brillo de determinación.

–Éste es uno de nuestros hombres de confianza. Durante un par de años formó parte de las patrullas de vigilancia callejera. –Una nueva punzada de dolor lo obligó a interrumpirse.

–La Partida de la Porra.

El abogado los conocía bien. Meses atrás había representado a una víctima del excesivo celo de aquellos autodenominados vigilantes del orden.

–Con el tiempo, el presidente le encargó misiones más delicadas que asustar a unos pocos republicanos exaltados... Se llama Javier Ledesma y está alojado en la posa-

da del Peregrino. Dale mi tarjeta y él sabrá que se puede fiar. Te ayudará a cazar a los responsables de este desastre.

Montoya no tenía dudas de que aquello suponía meterse de lleno en la boca del lobo. Y consideró seriamente rechazarlo. De todas las personas a las que el coronel Nandín podía acudir, ¿por qué lo elegía a él? Si ni siquiera se consideraba preparado para llevar un caso de asesinato, ¿cómo iba a enfrentarse a la investigación del atentado contra el presidente del Gobierno? Abrió la boca con la intención de poner objeciones, pero ver al coronel con la mano destrozada y el rostro salpicado de sangre lo hizo recapacitar; y, finalmente, asintió. No podía dar la espalda a quien tanto debía y admiraba.

—Lo haré por usted y por el general Prim. Descubriré a los responsables y serán llevados ante la justicia. —Tragó saliva. Acababa de tener un palpito, como si alguien hubiese pisado su tumba—. Los atraparé, aunque me deje la vida en ello.

González Nandín asintió. Rechazó la ayuda de su protegido y se levantó de la butaca con gran esfuerzo.

—Ahora ya puedo ir a que me vea el médico.

El silencio ocupó el vacío dejado por el coronel. Montoya cruzó el despacho hecho un manojo de nervios, y en el mueble de madera de algarrobo, sobre el hornillo de alcohol, puso a calentar la tetera. El primer sorbo de la infusión atenuó ligeramente aquel cúmulo de sensaciones funestas, pero su cabeza repetía que Nandín se equivocaba al encargarle a él semejante misión.

## Capítulo dos

*Madrid, 28 de diciembre de 1870*

José Ángel miró al hombretón sentado al otro lado de la mesa de su despacho y se preguntó si aquel payo sería realmente de confianza, tal como le asegurara González Nandín. Su primer encuentro, aquella misma mañana en la posada del Peregrino, no había sido muy esperanzador. Y no parecía que las cosas fueran a mejorar.

–Una tragedia, lo del presidente...

Javier Ledesma dejó el periódico sobre la mesa y escrutó el rostro del abogado.

–Hablas como si ya estuviera muerto. –Los ojillos color oliva le devolvieron impasibles la mirada. José Ángel era consciente de que intentaba provocarlo para observar su reacción–. Las últimas noticias dicen que se está recuperando de las heridas.

Javier separó las manos a la altura de la cabeza para señalar la ingenuidad de aquella afirmación.

–El general Serrano no deja entrar a nadie. En realidad, no tenemos más que la información de los dos médicos sobre el estado de Prim. Y la verdad es que lo que el coronel González Nandín me ha contado no encaja con la versión oficial.

El antiguo miembro de la Partida de la Porra, una organización que se encargaba de refrenar los exaltados

ánimos de algunos extremistas republicanos, negó con la cabeza. El asunto que tenían entre manos era mucho más complejo de lo que aparentaba.

—Hoy han detenido al primer sospechoso. Un maleante de poca monta llamado Juan José Rodríguez López, alias Jáuregui... Ha sido identificado por un testigo del atentado. Esta mañana lo ha interrogado el fiscal Joaquín Vellando.

El joven abogado se levantó de golpe de la butaca y se encaró con el matón.

—¿Y cómo no me lo has dicho en cuanto has llegado?  
El otro se limitó a sonreír.

—El acusado no deja de proclamar su inocencia, como todos los de su calaña... Aunque no formamos parte de la comisión oficial que lleva la investigación, tu padrino me ha dado esta acreditación. Te permitirá entrar en la cárcel del Saladero e interrogar al detenido. —Ledesma le entregó un documento doblado y sellado—. Muéstrasela a los guardias de la entrada, ellos te indicarán dónde está el preso.

José Ángel tomó la carta y la guardó en el bolsillo del chaleco. Si ya tenían a un sospechoso, era necesario que lo interrogase cuanto antes. Según los rumores, los atacantes habían sido entre seis y doce *trabucaires*, llamados así porque usaban el trabuco en sus asaltos. Eran conocidos por eliminar a cualquier miembro que fuera atrapado por las fuerzas del orden. Así evitaban que delatase a los demás.

—Por otro lado, contamos con una ventaja inesperada —anunció Ledesma haciendo crujir los dedos.

Montoya lo miró. El payo era una caja de sorpresas.

—Tu amigo Galo Ortega trabaja muy estrechamente con el fiscal Vellando. Podría convertirse en una buena fuente de información.